

Homenaje del Ateneo Español a José Martí

DISCURSO DE DON ALVARO DE ALBORNOZ

En el homenaje que el Ateneo Español de México rindió a la memoria de José Martí, nuestro ilustre correligionario don Alvaro de Albornoz pronunció el siguiente discurso:

Señoras y señores, respondiendo a la invitación amable del Ateneo Español de México, he accedido a tomar parte en esta velada. Pero es tal no ya la admiración, sino la veneración transida de emoción religiosa que me inspira la figura altísima del prócer cubano (no fué un héroe de una gloriosa epopeya local o nacional, sino un prócer señero de América), que me siento un poco cohibido al iniciar estas palabras. Además de esto, no puedo menos de experimentar cierta tristeza siempre que intervengo en actos semejantes a éste. Si los grandes hombres a quienes rendimos estos homenajes los contemplaran desde lo alto de su gloria, estarían cansados de discursos, aun siendo buenos, de versos, aun siendo excelentes; de panegíricos y de apologías de todas clases, y si pudieran hablar el lenguaje que hablaban cuando vivían en estos pueblos nos dirían que el mejor, si no el único, homenaje que podría ofrecérseles sería el de la libertad de sus pueblos, en su mayoría hoy todavía oprimidos, y no por grandes Estados históricos, con una gran tradición y un prestigio, sino por vulgares tiranuelos que hacen buenos a los encomenderos y a los explotadores de los tiempos coloniales. (MUY BIEN. APLAUSOS).

Sin perjuicio de lo que recen las leyes de Inmigración de estos países, yo no me siento extranjero en ningún pueblo de América, salvo en los Estados Unidos y en Canadá (RISAS), de la misma manera que no considero extranjero en nuestra España a ningún hijo de América que no lo sea de esos dos países. Para mí hay españoles de España y españoles de América. Para mí Martí era a la vez un gran cubano y un gran español. Y esto me recuerda la psicología especial en punto a patriotismo de los hijos de las Islas Canarias. Ellos no dicen nunca España, dicen la Península; cuando van a España no dicen "Vamos a España", sino "Vamos a la Península", porque ellos se consideran tan españoles como los de Madrid y Zaragoza, y tan en efecto lo son que fué la Gran Canaria la que dió vida al hombre representativo, típico de la España contemporánea, al glorioso don Benito Pérez Galdós. (APLAUSOS).

Y porque yo no considero extranjero a ningún español en América ni a ningún americano de estos pueblos en España, he creído siempre que las guerras de independencia de la América hispana no son sino un aspecto de las guerras civiles españolas. Si en México se fusiló a Hidalgo y a Morelos, en España se fusiló a Lacy, a Porlier, a Riego, a Torrijos y a la santa Mariana Pineda. Si en Cuba y en Puerto Rico hay capitanes generales que atropellan las leyes y la ciudadanía, también los hubo en la España de esa época. Si en La Habana fueron fusilados ocho estudiantes, en Madrid, la famosa noche de la San Daniel, en una algarada estudiantil, fueron muertos once en la Puerta del Sol, hubo ciento noventa y tantos heridos y centenares de contusos. Si en todos estos pueblos el absolutismo español derramó sangre, atropelló derechos, cometió injusticias, lo mismo hizo en España el absolutismo español. Y si alguna duda hubiera tenido yo, que no la tengo, de la similitud psicológico-política de las guerras de América y las guerras de España, me la disiparía la consideración de episodios, de hechos de esa América Central, que honra con su talento, con su cultura, con su palabra y con su pluma Vicente Sáenz, y que

yo he estudiado en torno a una de las figuras más nobles y más puras de todos estos pueblos, la del general Francisco Morazán. Hubo en Guatemala un arzobispo Casaus como nuestro famoso obispo de León en la primera de nuestras guerras civiles; una madre Teresa, que hace pensar en aquella Sor Patrocinio, la monja de las llagas, que, como ella, celebraba conferencias con Dios; un padre Lobo y congéneres que eran como los frailes montaraces de nuestras guerras civiles; y hubo en América hordas como las del carlismo en nuestra patria. Historias parejas que por ello engendran recriminaciones que nos apartan, en vez de engendrar profundas y entrañables solidaridades. Mientras no haya una compenetración cordial entre una España democrática y liberal y una América de su idioma, de su cultura y de su raza, democrática y liberal también, el hispanoamericanismo a que aludía mi querido amigo Vicente Sáenz, el hispanoamericanismo inerte e inocuo, todavía alumno de retórica y poética, aunque ya viejo, no podrá llegar a ser una gran fuerza de la Historia, una gran fuerza de la Civilización. (FUERTES APLAUSOS).

Porque las guerras de independencia de América no son en el fondo sino guerras civiles españolas, porque la guerra de independencia en Cuba es en el fondo una guerra civil española, por eso intervienen en ella los Estados Unidos, no para dar la independencia a Cuba, para debilitar a España y expulsarla de América. La prueba es que cuando el ejército americano entra en Santiago victorioso, se nombra un Gobernador americano, no se permite que al lado de la bandera de las estrellas ondee la bandera de Cuba independiente, no se consienten que entren en Santiago los cubanos que han alentado la rebelión o que han tomado parte en ella, si no la han dirigido. Por el Tratado de París, en el que se dispone de Cuba, de Puerto Rico y de Filipinas, sin tener en cuenta para nada la voz y el voto de estos pueblos, se reservan los Estados Unidos derecho de ocupación por tiempo indefinido. Y en virtud de ese derecho se establecen en la base naval de Guantánamo y en la isla de Pinos, y cuando el pueblo cubano elaborara su Constitución introducen en ella la enmienda Platt. Pues eso que se hizo con Cuba en 1898 es lo que se quiere hacer ahora de la vieja metrópoli: convertir al Ferrol, a Cádiz, a Cartagena en otros tantos Guantánamos y el archipiélago canario y las Baleares en una inmensa isla de Pinos. Y si España, intervenida y mediatizada, llegara a elaborar una Constitución, habría otra enmienda Platt que fuese una hipoteca irredimible sobre la soberanía española. (GRANDES APLAUSOS).

Quisiera poder dedicar algún día un estudio al españolismo de Martí. Algo de esto decía en su discurso mi amigo Sáenz. Recuerdo que cuando se estrenó en Madrid Cyrano de Bergerac, el gran Rubén Darío decía en un verso: "He aquí que el gran Cyrano de Bergerac traspasa de un salto el Pirineo y Cyrano está en su casa". Pues bien, lo mismo podemos decir de la presencia de Martí en Madrid. Le acoge el Ateneo, donde capta en seguida el espíritu de independencia, de controversia libre, de tolerancia, al pie de aquella tribuna por donde ve desfilar a oradores de todas las tendencias y de todos los partidos. Le acoge la Academia de Jurisprudencia. Le acoge la prensa en la que puede defender su tesis cubana. Frecuenta las tertulias políticas, donde conoce al insigne Benot y al gran Salmerón. Concorre a las tertulias literarias donde traba relación con Echegaray y con Marcos Zapata. Visita frecuentemente el saloncillo del

Teatro Español, donde conoce al gran actor Calvo y a la insigne actriz Teodora Lamadrid. Se hace, diríamos, un madrileño. Va a los festejos populares y al Museo del Prado, donde contempla sobre todo la obra de Goya, y al paraíso del Teatro Real. De esa época datan unas influencias sobre Martí que se manifestarán ya en toda su vida como lo mejor de su obra. A la música debe la armonía de sus períodos, la disposición de los giros en la sintaxis, la combinación de los acentos en esa magnífica prosodia castellana que da al discurso, de tan varia como amplia sonoridad, un tono inconfundible de virilidad. Y a la pintura debe el color que transmite su pluma como un pincel. En esto se revela especialmente su origen levantino-español. El decía: "Hay que escribir como pintan los pintores". Y así han escrito los grandes escritores levantinos: pintando. Se podría decir que Sorolla describe y Blasco Ibáñez pinta, como pintaba Gabriel Miró, como Azorín, como pintaba y a la vez describía el gran Castelar, esa prodigiosa creación del Mediterráneo.

De Madrid se traslada —porque el clima no le prueba— a Zaragoza. Y en Zaragoza se siente todavía más español que en Madrid. Los profesores de la Universidad le tratan como a un hijo. Llega a conocer a Zaragoza como a La Habana. Va a la Seo y al Pilar. A la Universidad de Zaragoza debe sus títulos de Licenciado en Derecho Civil y Canónico y de Licenciado en Filosofía y Letras. El 14 de enero de 1874 ve caer la República en Zaragoza y presencia cómo los valientes aragoneses mueren atravesados por la metralla del general Burgos. Y Martí sale de España expulsado por los mismos soldados que han derribado la República. ¿Cómo podrían no combatir contra la libertad en Cuba los soldados que la derribaban en la propia patria española?

Sobre la actitud de la primera República con Cuba no han sido justos muchos cubanos ni muchos americanos, ni tal vez el propio Martí. ¿Cómo podía ser preocupación especial de la República de Febrero de 1873 el problema cubano cuando tenía la guerra civil ardiendo en la península, cuando tenía el problema de los cantonales de Cartagena, cuando tenía desatadas contra ella a todas las fuerzas de la reacción española? ¡Ah! Pero aquellos hombres que entonces no pudieron ocuparse del problema cubano, lo estudiaron más tarde y llegaron a comprenderlo. Y al lado de los más insignes defensores de la independencia de Cuba, en toda clase de palestras, con la pluma, en la prensa, y en el campo de batalla, al lado de Maceo y de Calixto García hay que citar la figura egregia de don Francisco Pi y Margall, quien, por defender la independencia de Cuba, mereció ser calificado de filibustero. Era yo un muchacho cuando él era el maestro, y desde entonces yo amo a Cuba como a las niñas de mis ojos españoles y tengo al pueblo cubano como el benjamín de mis afectos entre todos los pueblos de América. (FUERTES APLAUSOS).

A partir del momento en que Martí sale de España, su vida es una peregrinación de desterrado. Primero México, como recordaba Vicente Sáenz, donde traba amistades, donde adquiere prestigio, donde le abre sus columnas la Revista Universal, donde con sus boletines se hace famoso, y de donde tiene que marchar por prudencia cuando las fuerzas conservadoras derriban al gobierno liberal de Lerdo de Tejada. Después Guatemala, país que le encanta, donde en la Escuela Normal que dirige otro cubano insigne, Izaguirre, explica Historia y Literatura donde tiene unos amos

res en cuyo examen no se puede entrar por respeto al pudor del poeta y de la amada del poeta. Pero la Escuela Normal es clausurada y Martí, por solidaridad con Izaguirre, dimite y se va de Guatemala. Venezuela más tarde. Allí explica también Historia y Literatura; es colaborador de la Opinión Nacional; comienza a publicar la Revista Venezolana. Pero en Venezuela no puede conciliar bien su posición con los intereses del dictador Guzmán Blanco. Y, tras breve estancia en Cuba, marcha Martí a los Estados Unidos, como describía Vicente Sáenz. Quince años en los Estados Unidos. Los oficios más modestos: escritor de artículos, él que no amaba como profesión el periodismo; trabajos en una oficina; labores en los consulados. Y a la vez que esto las horas que le llevaba la formación de su pensamiento y que dedicaba a fomentar su grande y selecta cultura. Y todo esto en medio de esos disgustos domésticos que son los que más amargan la vida del grande hombre: una madre admirable pero vulgar, que no le comprende y que le recriminaba que se preocupara tanto de los demás cuando tanto les faltaba a los suyos; un padre honrado, tesonero, al que Martí debe en parte su carácter, pero que tampoco puede comprender, en los comienzos sobre todo, la lucha de Martí contra la vieja patria española; la esposa, a la que sedujo la aureola y el prestigio del poeta y del artista, pero incapaz de volar con el genio sobre los precipicios y los abismos y de llegar con él hasta el cumplimiento de su destino trágico. "Dios tenga piedad —decía él— del corazón heroico que no halla en el hogar acogida para sus nobles expresiones".

Y todo esto a lo largo de la peregrinación en el destierro. Diez años. Veinte años. Veinticinco años. Un cuarto de siglo. Apenas llevamos nosotros trece años y ya hay muchos que desmayan y se tienden en el surco. (MUY BIEN). ¡Ah! Claro es que la patria llama. Hay patriotismo nostálgico y desfalleciente. El propio Martí decía: "Sólo las flores en la patria tienen olor". ¡Ah! Pero él reaccionaba y decía: "No tiene significación para nosotros la patria cuando dejamos de encontrar en ella la libertad, el amor, la fraternidad, la justicia". Y aún lo decía mejor en los versos de su poema De Abdala: "El amor, madre, a la patria no es el amor ridículo a la tierra, ni el amor a la hierba que pisan nuestras plantas; es el odio invencible a quien la oprime; es el rencor eterno a quien la taca..." Patriotismo de varón, de rebelde, patriotismo de todos los grandes patriotas que han amado a su patria desde el destierro. Es el patriotismo de Víctor Hugo en Guernesey, el patriotismo de Guerra Junqueiro contra los destructores de su nación portuguesa, el patriotismo de nuestro gran Costa, cuando al ver al pueblo español postrado, sin aliento, imaginaba ya su epitafio, sobre el cual grabaría una paloma sin hiel para decir después: "Aquí yace un pueblo porque no supo odiar ni maldecir". (APLAUSOS).

Quisiera poder hablar de algunos aspectos de Martí. No me es posible hacerlo hoy. Lo haré si tengo la fortuna de llegar a escribir ese trabajo de que antes hablaba sobre el españolismo de Martí. Quisiera hablar de Martí singularmente como escritor y pensador. Sobre el estilo de Martí ya comprenderéis, dada su fama, lo mucho que se ha escrito. Hay quien le compara con Gracián, quien con Saavedra Fajardo, quien con los dos Luises, el de León y el de Granada. Se puede creer, sin embargo, que él amaba sobre todo a Quevedo. Le amaba tanto y le admiraba tanto que dice de él "que le sobra corte y le

Homenaje del Ateneo Español a José Martí

(Viene de la Pág. 3)

falta pobreza para ser tan grande como Cervantes". Querría hablar también de Martí pensador. Martí es un hombre versado en la filosofía de su tiempo. Conoce y admira a Kant, su espíritu penetrante, la Crítica de la Razón Práctica, con su imperativo categórico, de la cual él hace fundamento en la realización de su obra de justicia. Conoce al grande y prodigioso Hegel. Hegel es como el crisol del pensamiento europeo; de él salen las corrientes más variadas, más diversas, más fecundas: de un lado, la extrema derecha, en que se forjará el nacionalismo de los grandes historiadores alemanes, hasta llegar al nazismo de Hitler; de otro lado, las corrientes de la extrema izquierda —Buchner, Strauss, Feuerbach, Marx—. Y Martí que conoce estas corrientes no profesa ninguna de estas filosofías. Martí, que conoce todo esto va con su simpatía de cubano-español al krausismo, a la filosofía ecléctica, conciliadora, espiritualista; la filosofía escondida, humilde, modesta; fuera del esplendor de las grandes cátedras, la filosofía que encuentra en Alemania, cuando va allá pensionado, Sanz del Río; la filosofía que profesa el apóstol de nuestra época don Francisco Giner, el pensador más sagaz, que conoce nuestro tiempo, y tan bondadoso que en él aun la ironía pensante era para almas finas y sensibles como una caricia, y el sarcasmo cruel, dulce; que, por debajo de la austeridad científica ocultaba un inmenso manantial de ternura; don Sócrates Giner, que decía Pérez de Ayala, que no bebe la cicuta de una vez, sino todos los días y se le convierte en sus labios en elixir de pureza e inmortalidad; don Francisco Giner, que cantó Machado, en quien nuestra España moderna reconocerá mañana al más glorioso de sus artífices. Martí quiere llevarse a Cuba dos libros krausistas de don Patricio Azcárate, el padre de don Gumersindo. Martí habla de la Institución Libre de Enseñanza; y he aquí como lo más excelso del pensamiento de Martí se liga y enlaza con lo que hay de más noble y de más puro en el pensamiento español contemporáneo.

Si Martí era un krausista, si Martí profesaba esta filosofía ecléctica y armónica, claro es que Martí no era —en el uso corriente de la palabra— lo que se llama un revolucionario. Martí era un evolucionista, era un reformista, era, como lo somos hoy muchos, un republicano socialista. Martí conocía a Marx; reconocía lo meritorio que era que un hombre de su genio se hubiera puesto al lado de los humildes pero no era marxista, no creía en la solución catastrófica, en la violencia, en la virtud del forceps. Martí tenía otro concepto de la historia y de la vida: condenaba la violencia abajo y arriba. Pero si condenaba la violencia abajo, la condenaba sobre todo arriba. Y he aquí lo que el apóstol cubano escribía en Nueva York a raíz del proceso célebre incoado con motivo de los sucesos ocurridos en Chicago el primero de mayo de 1886, la causa célebre que pasa a la historia con el nombre de "los mártires de Chicago". (Había estallado una bomba no se sabe por quien arrojada contra la policía que había entrado en armas en el sitio en que se celebraba un mitin; se instruyó un proceso contra los dirigentes; se condenó a muerte a cinco; uno de ellos se suicidó y no llegó al cadalso; tres fueron condenados a cadena perpetua...) Y he aquí lo que nuestro Martí decía comentando este episodio de guerra social:

"No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y sus crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de dominar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las

causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen."

"Amendrentada la República por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales para aterrar con el ejemplo, no a la chusma adolorida, que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes."

"Esta República, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad; injusticia y violencia de los países monárquicos."

Martí es revolucionario ante Cuba. Es revolucionario porque cree que se han agotado todos los medios usuales, todos los medios pacíficos. Pero Martí no quiere la revolución de la cólera. Martí quiere la revolución de la reflexión. "El de revolucionario —dice— no es oficio, sino deber impuesto por una necesidad irreductible". Y no confunde, como ocurre a tantos otros, la independencia con la libertad. "Un pueblo no es independiente cuando ha sacudido las cadenas de sus amos; empieza a serlo cuando se ha arrancado de su ser los vicios de la vencida esclavitud y para patria y vivir nuevos alza e informa conceptos de vida radicalmente opuestos a la costumbre de servilismo pasado, a las memorias de debilidad y de lisonja que las dominaciones despóticas usan como elementos de dominio sobre los pueblos eslavos"

Martí no quiere la revolución de la cólera ni de la codicia, ni de la emulación ni de la envidia. En una carta al general Maceo dice: "Ni tengo tiempo de expresarle, general, como a mis ojos no está el problema cubano en la solución política, sino en la social, y como ésta no puede lograrse sin aquel amor y perdón mutuo de una y otra raza, y aquella prudencia siempre digna y siempre generosa de que sé que su altivo y noble corazón está animado. Para mí es un criminal el que promueva en Cuba odios o se aproveche de los que existen".

Y en otra carta al general Máximo Gómez se expresa así: "Un pueblo no se funda, general, como se manda un campamento; y cuando en los trabajos preparativos de una revolución más delicada y compleja que otra alguna no se muestra el deseo sincero de conocer y conciliar todas las voluntades y elementos que han de hacer posible la lucha armada, mera forma del espíritu de independencia, sino la intención bruscamente expresada a cada paso, o mal disimulada, de hacer servir todos los recursos de fe y de guerra que levante el espíritu a los propósitos cautelosos y personales de los jefes justamente afamados que se prestan a capitanear la guerra ¿qué garantías puede haber de que las libertades públicas, único objeto digno de lanzar un país a la lucha, sean mejor respetados mañana?"

El apóstol protesta y condena el cuartelazo, la enfermedad crónica de muchos de estos pueblos y de la madre patria, del cuartelazo que no puede hacer a los pueblos libres, que lo único que puede hacer es darles nuevas cadenas y nuevos tiranos. (APLAUSOS).

Revolucionario ante Cuba, Martí tiene que ser partidario de la guerra. "Es un criminal —dice— quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar, y quien deje de promover la guerra inevitable... Los hombres fuertes prevén; los hombres de segunda mano esperan la tormenta con los brazos en cruz".

Pero Martí quiere la guerra generosa, la guerra libre de todo acto de violencia innecesaria contra las personas y las propiedades, y sobre todo quiere la guerra limpia de todo odio contra los españoles.

Quiere la guerra y va a la guerra. Va a la guerra —dice— "porque no se puede predicar la necesidad de morir y no empezar por poner en riesgo la propia vida". Va a la guerra para darle forma y significación. El, el poeta, el pensador, el artista, el hombre que por fortuna para él y desgracia para Cuba no será nunca gobernante, va a la guerra y a la muerte. Valiente como un capitán, confiado como un niño, deslumbrado como una mariposa del ideal, entregado a la fuerza inexorable del destino, predilecto de los dioses, ya que aun entrado en la madurez, tiene todavía una espléndida juventud espiritual.

Va a la guerra y muere. Dichoso Martí! ¡Bienaventurado Martí! Abatido por una descarga enemiga, cayó sobre el suelo sagrado de la patria para ascender gloriosamente a la inmortalidad. ¡Dichoso Martí, bienaventurado Martí!, suerte envidiable para los condenados a morir de asco entre miasmas infectos en un mundo podrido, en el que los más altos valores son, no ya negados, sino escarnecidos por los malhechores de toda laya, con la complicidad hipócrita o cínica de muchos que se tienen por paladines de la virtud y del honor caballeresco. No sólo se apela a la violencia criminal por las dictaduras, lo que no puede sorperdernos, puesto que conocemos la historia, sino por democracias que confían la función augusta de la Justicia al oficio repugnante del verdugo. Y es tal la confusión, por no decir la perversión moral, que mientras a los crímenes de un lado se les denuncia y execra escandalosamente, a los crímenes del otro lado se les sigila, se les silencia, cuando no se les ensalza y aplaude. Días atrás, con motivo de la violenta represión en Berlín, eran izadas a media asta las banderas del Consejo de Europa en Strasburgo. Lástima que esas banderas permanecieran arrumbadas en desvanes mientras se segaban y siguen segándose tantas nobles vidas por el tirano de España. (FUERTES APLAUSOS), ante el cual se inclinan en reverencia graciosa, uniformados y condecorados, los embajadores de los grandes Estados democráticos, que dicen —dicen!— haber ganado una guerra al nazismo y al fascismo, que confunden el magisterio y el rectorado con el proselitismo y la dominación, y que para disfrazar un caudillaje de apariencia histriónica han inventado la inmensa superchería del mundo lbire. (El señor Albornoz fué aplaudido con entusiasmo y felicitado calurosamente al final de su discurso).

Cambiando de Disco

(Viene de la Pág. 2)

menos—, que quíerese o no, representa en nuestro prolongado exilio el último mojón de la esperanza. Pero si la Junta o Gobierno pudiera llegar a formar estas uniones profesionales, y después de un tiempo de sereno laborar se presentase al mundo un proyecto de solución efectiva para los problemas de España, una solución que diera más PAN y más BIENESTAR al pueblo español que el que da un discurso político, se habría hecho algo de más fuerza y valor que una unidad política imposible, que como un castillo de naipes estuviera mostrando el cobre de su tente mientras cobro.

NECROLOGICAS

ENRIQUE CONDESALAZAR

En París, donde residía, falleció casi repentinamente nuestro gran amigo don Enrique Condesalazar, una de las figuras más prestigiosas del partido de Unión Republicana y uno de los republicanos españoles emigrados más activos y fervorosos.

Su muerte nos ha causado intenso dolor. Condesalazar, republicano de tradición: estaba emparentado con una de las más viejas familias republicanas, había consagrado al servicio de nuestros ideales su vida entera, desde los primeros años de juventud y siempre puso de relieve su talento, su bondad, su generoso espíritu de sacrificio, siendo, como amigo, de una extraordinaria lealtad que corría parejas con su nobleza y con su consecuencia política. En España, desempeñó el cargo de Director general de Transportes por Carretera y, ya en Francia, fué Subsecretario del Ministerio de Gobernación en el gobierno que presidió don José Giral, y después la Subsecretaría de Emigración. Dirigió además el periódico "Libertad", que fué órgano de Unión Republicana.

Licenciado en Derecho y dotado de vastísima cultura, Condesalazar pudo hacer frente a sus necesidades familiares en el destierro dedicándose a la enseñanza. Protegido, como tantos otros univertarios españoles emigrados, por la Universidad francesa, en especial por el Rector de París, Mr. Jean Sarrailh, Enrique Condesalazar ocupó durante varios años una cátedra de Lengua y Literatura Españolas en uno de los más importantes Liceos de París, desarrollando una interesante labor pedagógica y de divulgación de la cultura española.

Descanse en paz nuestro ilustre amigo y reciban sus familiares y los queridos correligionarios del fraternal partido a que pertenecía la sincera expresión de nuestro dolor.

DON ALEJANDRO OTERO FERNANDEZ

El día 27 del pasado mes de junio y víctima de rápida enfermedad, falleció en esta Ciudad de México, el ilustre hombre de ciencia don Alejandro Otero Fernández.

Catedrático, Rector de la Universidad de Granada (España) fué uno de los valores más destacados de la intelectualidad de nuestra patria. En el exilio, prodigó su sabiduría en favor de cuantos llegaban a él, en un esfuerzo de trabajo que aun contrariando su condición de enfermo, no regateó jamás.

Diputado a Cortes de la República Española, la sirvió también con apasionado fervor, desde el campo socialista donde militó, siendo en él, una de sus figuras más sobresalientes.

Las simpatías y respetos que despertaba en vida se expresaron magníficamente en el acompañamiento a la última morada, acto en el que puede decirse estuvo presente toda la emigración republicana.

Izquierda Republicana, cuya Directiva y muchos de sus afiliados figuraron en acto tan solemne como emocionante, se suma al dolor de los suyos y de la organización a que perteneció con el más sincero afecto.

A V I S O

Recordamos a nuestros Afiliados que el Correligionario Manuel Arilla, atenderá a todo aquél que necesite información sobre asuntos de Migración y Naturalización y tramitación de la correspondiente documentación, todos los días laborables, de 4 a 6 en Palma Norte 315, despacho 313 y en nuestro local, San Juan de Letrán 80. 4o. piso, de 6 a 8.